

o Maritain (podría añadirse Ángel Herrera), dan el tono de una obra que ha de hacer bien a quienes la lean en el querido país trasalpino. Es este sentido, ha de destacarse igualmente la inclusión, en apéndice, de una versión italiana de la *Oda a los mártires españoles* de Paul Claudel, o del Concordato entre la Santa Sede y el Estado español de 1953. Quedan luego, en cambio, y no me callo nada, unos juicios, ciertamente bienintencionados, pero un tanto superficiales, y desde mi punto de vista en extremo discutibles, sobre la figura del general Franco y el régimen nacido de la victoria.

La guerra de España sigue constituyendo una referencia inexcusable de la historia contemporánea. La bibliografía sobre la misma, por consiguiente, no deja de fluir. Pero lo importante es que la literatura no ahogue el verdadero sentido de los hechos que se cuentan, al contrario, que ayude a exhumar su espíritu. Para ello, libros como el de don Bruno Lima son siempre necesarios.

M. A.

### **José Antonio Vaca de Osma: LOS VASCOS EN LA HISTORIA DE ESPAÑA (\*)**

Creo que fuera de Vascongadas el problema del separatismo vasco apenas tiene otra imagen que el terrorismo de ETA, y el separatismo vasco sin duda es algo más, y ese algo más en lo que tiene de ideologías, actitudes, reacciones, información, deformación y formación en las escuelas, presiones sociales, etc., se percibirán más claramente —a semejanza de lo que ocurre en Cataluña— por los que viven en esa españolísima región vascongada, pero no se ven a distancia. Viene esto a cuento porque siendo yo catalana de nacimiento y de origen, y viviendo en Cataluña, tengo esa visión incompleta de Vascongadas. Pero aun

---

(\*) Editorial Rialp, Madrid, 1996.

así creo que la óptica del libro que voy a aportar es muy válida, porque la problemática que vivo en mi terruño, siendo distinta a la de Vascongadas, tiene paralelismos con ella, y ese factor tal vez le de un valor que otras versiones no tendrían.

Entrando en materia, definiría este libro como una "Historia del pueblo vasco en el contexto de la historia de España". El autor hace un somero recorrido desde la Prehistoria hasta nuestros días, incidiendo con mayor detalle en aquellos aspectos de la misma en que los vascos, como pueblo, como parte integrante del reino de Navarra, o como individuos, tuvieron un papel relevante. Toma en lo posible como fuentes a los propios historiadores vascos, tanto si sus conclusiones son favorables a la españolidad de aquella región, como si lo son a un criterio nacionalista-separatista. Y los interpreta sin apasionamiento, con evidente admiración hacia los protagonistas y los hechos que describe, contrastando unos con otros, para concluir de manera categórica que Vascongadas es y ha sido siempre —mal que les pese a algunos políticos y románticos de hoy— una tierra muy española. Y más aún, que en toda la historia no se puede hallar una intención secesionista o independentista en los vascos, excepto en algunos clérigos o religiosos vasco-franceses de los siglos XVIII y XIX, hasta Sabino Arana; y salvo rarísimas excepciones tampoco hasta 1975.

Como ejemplo de esa españolidad los historiadores nacionalistas de nuestro tiempo han criticado duramente a los reyes vascos de Navarra por —y reproduzco literalmente del libro— *"... no haber poseído una conciencia genuinamente vasca. Por ello perdieron las tierras montañosas hasta Cataluña; permitieron la decadencia del elemento euskaldun en La Rioja, se desentendieron de la unión de Navarra con lo que ellos llaman «los otros Estados vascos». Dicen que «los intereses de la raza reclaman esta unión. Los reyes navarros, por su prestigio y su fuerza, podían haberla realizado; pero no lo hicieron... Desoyendo la voz de la nacionalidad unieron a sus hijas a los reyes castellanos, por cuyos intereses trabajaron desde entonces con demasiada actividad, considerándolos como propios... se dieron mucha prisa en adoptar la lengua castellana para redactar sus documentos, adelantándose unos sesenta años a los mismos reyes de Castilla».*

*No cabe un más completo reconocimiento de la españolidad de los vascos, y, concretamente, de la única entidad política vasca en la historia que pueda considerarse como un Estado*" (págs. 78 y 79).

Hoy, que se interpreta la historia a gusto y según los intereses particulares, y con criterios actuales en lugar de situarla en su contexto, un libro que centra los hechos donde deben situarse es de gran ayuda. Y éste tiene la ventaja de que el autor no pretende —ni hace— otra cosa que escribir la historia como fue, con datos contrastados, y tratando de extraer de ella en cada momento la lección que el pasado nos va dando.

Los hombres, cuando no tenemos un misterio en qué creer, lo inventamos. Los que no creen en Dios creen en la astrología, o dedican largas horas al estudio de los "misterios esotéricos" y "ciencias ocultas", ovnis y otras luces, o elevan un altar a la "diosa democracia". Dejando aparte razones más trascendentes a este fenómeno —que las hay—, sucede que sobre la evidencia no es divertido discutir, porque ¿qué interés tiene elucubrar acerca de si el sol da o no da luz, si todos estamos de acuerdo que la da, y además es muy fácil probarlo? Traigo esto a cuento porque el primer capítulo, que se adentra en las diversas teorías —ninguna probada fehacientemente— y leyendas —algunas muy divertidas— sobre el origen de los vascos, resulta entretenido y aleccionador. Entretenido por la habilidad con que el autor recorre a diversos autores espigando lo más aprovechable, y sacando conclusiones más o menos arriesgadas, pero siempre lógicas.

El autor constata un hecho, y es la poca llamémosla "tradicción historiadora" del pueblo vasco. El autor la atribuye a lo reciente y escaso de su literatura. Lo cierto es que para indagar en los orígenes inciertos del reino de Pamplona primero, más tarde de Navarra, hay que recurrir a las crónicas de los árabes y algunos códices. Todo lo que vaya más allá es pura leyenda o afán de proyección de la política actual en una interpretación tendenciosa de lo que en realidad se desconoce con certeza.

Un dato curioso y digno de tenerse en cuenta. La Junta General de Guipúzcoa de 1468, ejerciendo su soberanía, hizo jurar a

Enrique IV de Castilla que “jamás enajenaría de su corona las villas, pueblos, etc. ..., ni Guipúzcoa entera”. Este juramento no podía incumplirlo el rey —y, por ende, sus sucesores— ni aun con la dispensa del Papa.

Otro dato curioso. Dice el autor que en 1300 se funda Bilbao, y añade que en las crónicas y documentos antiguos, lo mismo en castellano que en euskera, aparece siempre Bilbao, y no Bilbo. Termina diciendo que la terminación “ao” es típica de la toponimia vasca. Da la impresión de que los separatistas vascos preconizan el uso del vocablo artificial Bilbo como “original euskera” para diferenciarlo del castellano Bilbao, cayendo en un error histórico, de la misma manera que los separatistas catalanes abogan por el uso del afrancesado “Girona” aduciendo razones históricas, frente al original “Gerona” —de Gerunda—, que a su gusto es demasiado idéntico al nombre castellano.

Resulta muy interesante el análisis que Vaca de Osma hace de la Constitución de Cádiz —la famosa Pepa— y su repercusión posterior. Ésta, mientras alude en su preámbulo a las Provincias Vascongadas y a sus seculares Fueros, los anula en su articulado —junto a todos los demás de otras regiones y provincias— sometiéndolo a toda España a la misma “unidad constitucional” (¿o habremos de decir uniformidad constitucional?). Lo cierto es que hasta las liberales Cortes de Cádiz ningún rey había sido menos respetuoso con las peculiaridades regionales. Además importaron el concepto liberal de nación —que se concibe como el conjunto de individuos— que hacía irreconciliables a la tradición foralista —provincialista— y al constitucionalismo liberal, siendo éste el germen de los enfrentamientos posteriores entre ambas facciones.

También resulta muy aleccionador ver cómo el autor, con todo respeto, pero con toda contundencia también, enfrenta la lógica de Sabino Arana y sus corifeos —fundada en una pseudo-épico-romántico-tergiversada historia de Vascongadas— a la de otros tribunos de la época de Arana y posteriores; cómo evoluciona el separatismo vasco por derroteros a veces ridículos, y todo ello argumentando sin pasiones y con mucha ecuanimi-

dad. Porque la mentira, enfrentada a la verdad, cae por su propio peso.

A medida que se lee este libro se tiene la difusa —y falsa— impresión de que la historia de España es eminentemente una historia vascongada, pues vascos fueron todos sus protagonistas. Análoga impresión se tiene si se lee el libro del mismo autor *Los catalanes en la historia de España*, respecto a una historia hispano-catalana, plagada de protagonistas catalanes. Pienso que podría escribirse otros tantos libros como regiones tiene nuestra Patria, resaltando lo que cada una de ellas ha aportado a la historia común, y de la lectura desapasionada de todos ellos, se desprendería sin atisbo de duda que España es todas ellas, sin ser en concreto ninguna en particular. Dicho de otro modo, España no es Cataluña, ni Vascongadas, ni Castilla, ni Galicia, ni... pero todas ellas en conjunto son España.

La historia —decía don Gregorio Marañón— no se hace sólo con datos, sino también con interpretaciones. Este libro está hecho con datos, pero también con interpretaciones. Los datos son incontrovertibles, las fuentes citadas de toda solvencia, y las interpretaciones, aunque opinables, en muchos casos tan bien razonadas y corroboradas por datos históricos que parecen irrefutables. Tal vez sólo en el último capítulo, dedicado a este siglo, las pasiones aún vivas y las interpretaciones en boga den tantas opiniones como personas que opinan. De todos modos, centra muy acertadamente la historia del pueblo vasco en el contexto de España, y uno se siente más cercano, más hermano de ellos, pese a las diferencias innegables con todos los otros pueblos de España.

PILAR FRIGOLA